

El Mundo de los Niños

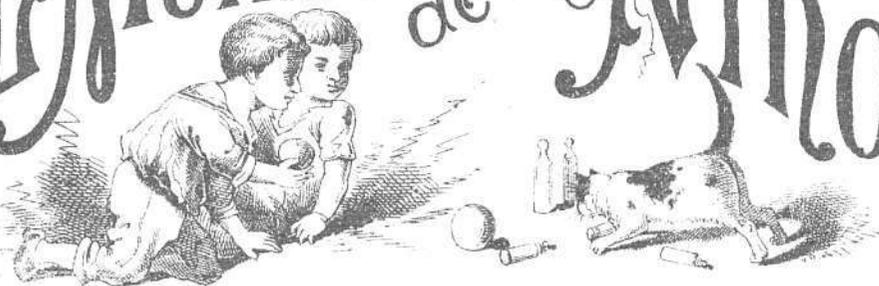


ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL
AÑO V. || MADRID 30 DE DICIEMBRE DE 1891 || NÚMERO 36



BIBLIOTECA
NACIONAL
MADRID



NUESTROS SUSCRIPТОRES PREDILECTOS
D.^a MARÍA BULNES MOCIÓN Y D. ANGEL LOPEZ SEVILLA

SUMARIO

TEXTO: Conversación familiar, por M. Ossorio y Bernard.—
Explicación de los cromos.—La curiosidad, por D. Mariano
del Todo y Herrero.—El hermano Arnoldo.—Máximas.—La
maledicencia (conclusión), por Luis Coloma, s. j.—Cuento de
ánimas.—Juegos de imaginación.—Índice.

CROMOS.—D.³ María Bulnes Mocejón y D. Angel López Sevilla.—
Los aguinaldos.—La Salamandra.

GRABADO.—Cuento de ánimas.

CONVERSACIÓN FAMILIAR

El editor de EL MUNDO DE LOS NIÑOS, D. Julián Palacios, me escribe la carta que copio á continuación:

«D. Manuel amigo: mi primer paso cuando pensé fundar un periódico de niños, fué ver á V., consultarle y ofrecerle la dirección—¿á quién mejor?—de la publicación; usted acogió la idea con el entusiasmo que le ha inspirado siempre todo lo que tiende á difundir entre la juventud la moral sana y los conocimientos propios de sus años.

» Cinco años de lucha asidua y de esfuerzos morales y materiales, no han sido suficientes para hacer que tome carta de naturaleza en España un periódico dedicado á la infancia; ni más ni menos que en otras épocas consiguieron otros iguales ó parecidos propósitos, más por incuria y abandono de los padres, que por falta de deseos y entusiasmos de la *gente menuda*, de la cual conservamos ambos inolvidables pruebas que confirman este atrevido aserto.

» ¡Qué hemos de hacerle!

» Cuando los españoles lleguemos á convencernos de que la base más sólida del progreso, es la ilustración de la juventud, en cada casa, al lado del imprescindible silabario, habrá siempre una Revista que instruya deleitando al niño, y como en otros países, las publicaciones infantiles conseguirán vida próspera y éxitos crecientes.

» Como hace cinco años, también hoy me dirijo á V.; pero no con aquellas halagueñas esperanzas, sino con pesadumbres de realidades que se imponen, para darle á conocer mi propósito decidido de suspender la publicación de EL MUNDO DE LOS NIÑOS antes de verla arrastrar una vida premiosa y anémica,

en espera de mejores tiempos y ocasión más oportuna.

» No se qué tal parecerá á V. mi determinación, por mi parte, le aseguro que el tomarla me ha costado contrariar en extremo mis gustos y aficiones.

» Una cosa me envanece, y es el único beneficio que he conseguido en esta campaña: el cultivo de su buena amistad, á la que he pretendido corresponder con cariño y respeto entrañables.

» Sabe V. que será siempre su más devoto admirador y amigo q. b. s. m.,

» JULIÁN PALACIOS. »

A la anterior carta me he apresurado á responder:

Sr. D. Julián Palacios.

DISTINGUIDO Y QUERIDO AMIGO: Recibo su carta de hoy y aprecio en todo cuanto valen las razones en que se funda su determinación de cesar en la publicación del periódico á que durante cinco años hemos llevado ambos nuestros entusiasmos y levantados propósitos. Y no tan sólo no me quejo de su determinación, sino que debo á la vez lamentar los sacrificios materiales que le ha costado, sacrificios doblemente sensibles en quien tiene como V. gravísimas atenciones que reclaman todo el fruto de su activo y fecundo trabajo. Pero, como quiera que estos sacrificios han sido hechos en empresa tan digna y meritoria, cual es la enseñanza y cultura de los niños, yo, fervoroso creyente en la justicia providencial, abrigo la firme esperanza, más aún, la seguridad completa de que muy en breve verá resarcidas sus pérdidas con la prosperidad y desarrollo de la industria á que se consagra.

Más, mucho más, tendría que decirle á usted; pero como es muy probable que si se lo dijera en una carta no me autorizara para publicarlo, y como yo quiero y debo decirlo, «me las echaré de Director por última vez», y cerrando aquí ésta, con un abrazo muy apretado para V., diré cuatro palabras más á nuestros suscriptores.

Suyo inolvidable amigo,

OSSORIO Y BERNARD.

QUERIDÍSIMOS LECTORES: Ya habréis leído lo que Julián Palacios me escribe y la contestación que le he dado: os hablo, pues, por última vez, desde las columnas de EL MUNDO DE LOS NIÑOS, y creedme si os digo que lo hago profundamente conmovido, y aun añadido que algo extraño me pasa en los ojos impidiéndome ver lo que voy confiando al papel. ¿Qué queréis? Me había encariñado de tal modo con *nuestro periódico*, que ha de costarme grandísimo esfuerzo, el renunciar si á ello me veo precisado por otros deberes, á mi diaria visita á la Administración, donde sólo encontraba inmerecidas distinciones y cariñosas frases de interés, lo mismo en el Editor, que en toda su amable familia, y en cuantos prestan al primero leales y antiguos servicios. Igual sentimiento ha de producirme el interrumpir con vosotros mi periódica comunicación, para alentaros al trabajo, ofrecer ejemplos de virtud, excitar vuestro interés y aun motivar vuestra inocente risa con algunos asuntos alegres.

Por lo demás, y prescindiendo de lo que á mí se refiere, la determinación de Julián Palacios era inevitable. Durante cinco años, en los que he podido aquilatar todo lo que vale como hombre, como industrial y como amigo, he tenido ocasión de verle haciendo increíbles esfuerzos en pro de EL MUNDO DE LOS NIÑOS; repitiendo las propagandas; ocupando en la gestión del mismo un tiempo que para el es oro y unos elementos que consagrados á otros trabajos le habrían dado positivos beneficios en lugar de pérdidas también positivas; olvidando su tranquilidad, sus personales dolores y hasta la salud para cumplir los compromisos contraídos con el público; y, en ocasiones difíciles, cumpliendo sus compromisos todos con verdadera religiosidad y hasta con exageración. Sírvale de consuelo al saber que sus sacrificios no serán estériles y que sus desembolsos constituyen una cuenta corriente que ha de abonarle con creces. Aquel que no se olvida del bien y del mal que se hace en la vida. Porque estas hojas sueltas que constituyen el periódico, tienen existencia mucho más dilatada que acaso pueda creer el mismo editor: en ellas, lo mismo que habéis leído vosotros, leerán mañana

vuestros hermanitos y acaso más tarde vuestros hijos y tal vez podrán influir en algunos arrepentimientos y propósitos de enmienda para remediar pecadillos infantiles. No hace aún ocho días que pasando por un puesto de libros viejos, colocado en la vía pública, llamaron mi atención unos volúmenes viejísimos y mal tratados, ví su título y me apresuré á adquirirlos. Y ¿sabéis cuál era aquél tesoro? Pues precisamente un periódico de niños, un periódico de que era yo suscriptor cuando contaba siete ú ocho años y en el que leía artículos y cuentos que he de volver á saborear ahora, para ver si me quito de encima unos cuantos años y me restituyo momentáneamente á épocas más felices.

Debo manifestaros también, que el editor D. Julián Palacios—cuyo nombre debéis recordar y repetir siempre con cariño—llevando conmigo sus bondades hasta el último límite, me autorizó para que prosiguiera por mí mismo la publicación ó la refundiera en alguna otra, y como precisamente existe en Madrid la revista *La edad dichosa*; que edita con tanto lujo como inteligencia el Sr. D. Eugenio de Carlos, y como su director y queridísimo amigo mío Carlos Frontaura se encuentra tan recargado de trabajos administrativos y literarios que era para él un verdadero sacrificio continuar dirigiéndola con la asiduidad que siempre le caracterizó, de común y amistoso acuerdo editores y escritores, se encarga el Sr. de Carlos de cumplir los poquísimos compromisos de EL MUNDO DE LOS NIÑOS, confiados en que los suscriptores de éste seguirán favoreciendo á *La edad dichosa*, y al frente de esta acreditadísima revista figurará desde 1.º de Enero el humilde nombre literario de vuestro amigo verdadero.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EXPLICACIÓN DE LOS CROMOS

Los aguinaldos.

Asunto de palpitante actualidad, y en el que son protagonistas todos los niños de todas las clases sociales. Lo malo verdaderamente no es el tributo, sino las condiciones en que se satisface, pues sobre dar nuestro dinero, tenemos que sufrir en unos casos las *poesías* de repartidores y demás industriales que acuden á este



Los aguinaldos.

medio de comunicación, y en otros el ruidoso y desagradable concierto de los instrumentos propios de esta época del año.

La salamandra.

Género de los reptiles, orden de los Batracios, y que en su aspecto exterior parecen lagartos. Su cola es larga, y en las especies acuáticas les sirve para nadar cuatro patas laterales y cortas, con cuatro ó cinco dedos sin uñas, cabeza aplastada y muchos dientecillos. En el estado adulto tienen respiración pulmonar. Se distinguen varias especies de salamandras, que han dado origen á cuentos maravillosos y leyendas. Se ha dicho que pueden vivir dentro del fuego, y que su mordedura es venenosa; pero este último extremo es completamente inexacto, pues la salamandra es completamente inofensiva; y en cuanto á la leyenda del fuego, reconoce por origen la propiedad que tiene de producir un licor acuoso que las permite dentro del fuego defenderse algunos momentos.

LA CURIOSIDAD

FÁBULA

Próxima al ferrocarril
se alzaba una vieja encina,
y sobre una de sus ramas
dos pájaros departían:
—Fíjate en esos alambres
(una ave á la otra decía),
que se pierden á lo lejos
en varias y rectas líneas.
Por esos hilos metálicos
los hombres se comunican,
y por su extensión circulan
innumerables noticias.
Por ahí, secretos de Estado
y negocios de familia;
operaciones de Bolsa
y premios de lotería;
lo que se aplaude á los unos
y á los otros se critica;
óbitos y nacimientos,
ascensos y cesantías:
todo el alambre recorre,
todo por él se desliza.—
Callóse el ave parlera,
y le replicó su amiga:
—Cosas tan raras me cuentas,

que parecen maravilla,
y una idea se me ocurre
oyendo lo que me explicas.
Podemos de un corto vuelo
posarnos sobre esas cintas,
sorprendiendo algún secreto
que de provecho nos sirva.
¿Apruebas mi plan?

—Lo apruebo

y te invito á que me sigas.—
Y desplegando las alas
hacia el sitio de sus miras,
sobre el alambre tirante
se encontraron en seguida.
Ya sobre el plomo, inclinaron
á un tiempo sus cabecitas
para conseguir su objeto;
pero bien pronto, aturdidas
por la eléctrica corriente,
cayeron sobre la vía...
Trepidó el tren á lo lejos,
y avanzando á toda prisa,
los desvanecidos cuerpos
de las pobres avecillas,
aplastó bajo sus ruedas
y los convirtió en cenizas.

De igual modo que en los pájaros
héroes de esta fabulilla,
frecuentemente en los niños
la curiosidad domina,
y también con más frecuencia
les daña ó les perjudica.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

EL HERMANO ARNOLDO

Antes de que Lutero predicase su desastrosa reforma había muchos Monasterios en las montañas y colinas de Alemania. Bajo su cielo triste y nebuloso descollaban estos vastos edificios con sus modestos campanarios, que se elevaban en medio de bosques, y donde anidaban centenares de palomas. Allí sus moradores sólo pensaban en el cielo por el que suspiraban días y noches en prolija y tranquila oración.

— Citábase, sobre todo, en la comarca el Monasterio de Olmutz, célebre en la piedad y sólidas virtudes de sus monjes. Uno de estos, el hermano Arnoldo, era sencillo como lo son los savios encanecidos en el estudio, y que á medida que crece su ciencia se aumenta su humildad; pero fatigado de demostraciones é investigaciones científicas, se había consagrado totalmente á la fe de los niños y á la oración como al puerto ansiado de sus celestiales esperanzas.

Sin embargo, las tentaciones de la inteligencia acosaban algunas veces su mente; entonces acometiale profunda tristeza y vagaba por los campos; sentábase al borde de los torrentes, escuchaba los murmullos de las selvas, interrogaba á la naturaleza, y los cielos las montañas y los ríos sólo le respondían una palabra: Dios.

El hermano Arnoldo observó que todo lo bello pierde con el tiempo sus encantos, que los sentidos se fastían, y se preguntaba cómo podría hallarse la eterna alegría en el cielo para el alma tan inconstante. «La eternidad, decía, sin diversidad, ni cambios, ni pasado, ni porvenir, ni deseo, ni esperanzas...»

Una mañana salió Arnoldo muy temprano del monasterio y descendió al valle. Siguió los senderos de la colina, trinaban los pajarillos en enmarañados zarzales, y pintadas mariposas posábanse en el suelo para secar al sol sus alas húmedas por el rocío de la noche.

Arnoldo pensaba en la brevedad de la vida y en la eternidad celeste. Inclínaba la cabeza sobre el pecho, andaba sin ver nada, engolfado en sus pensamientos, y pasaba bosques, ríos y colinas. El pueblo de Olmutz desapareció en el horizonte con sus iglesias, casas y murallas, y las montañas desvanecíanse como nubes vagas y casi transparentes.

De pronto, el monje se detuvo á la entrada de una selva, que se extendía á lo lejos como un océano de verdor; oíanse dulces y suaves murmullos, y circulaban brisas olorosas que embalsamaban el ambiente. Avanzaba el monje en la selva, y árboles cuajados de flores se presentaban á sus ojos con tal profusión y tan desconocido perfume, que fortalecía y producía una fruición muy deliciosa, como el espectáculo de una acción buena ó la aproximación de celestiales espíritus, y una luz resplandeciente é indefinible difundía por todas partes su benéfica y tranquila claridad.

Oyó Arnoldo después, el canto de una voz tan suave y dulce, que ni la más ligera brisa, ni el hálito del niño que duerme en la cuna, ni el susurro del aire besando las rosas, podía dar una idea de su inesplicable melodía. Y aquella voz era ciencia, poesía, sabiduría y caridad, que transportaban el alma á regiones ignoradas, y escuchándola pasaban siglos, y no cansaba, á la vez que inspiraba amor á la virtud y descubría sin cesar inefables misterios, así como en los Pirineos cuando se alzan

las brumas y se disipan las nieblas, aparecen poco á poco los lagos, los valles y los ventisqueros de las montañas.

La voz enmudeció; la luz que iluminaba la selva se obscureció, y Arnoldo, como si despertase de un sueño placidísimo, miró á su alrededor, intentó andar, y sus pies permanecieron rígidos e inmóviles. Pudo al fin recobrar el movimiento, y queriendo regresar al monasterio, porque avanzaba la noche, apresuró su marcha.

Su sorpresa fué grande cuando vió todo cambiado en el campo desde que salió del monasterio; árboles que dejó recién plantados eran seculares encinas. Buscó el puentecillo de madera, tapizado de yedra, que tenía costumbre de pasar, y vió en su lugar uno de piedra, con sus sólidos arcos de mampostería. Al pasar junto a un estanque, oyó á una de las mujeres que allí lavaban y secaban las ropas en los floridos sauces, estas palabras:

—Ese anciano viste el hábito de los Monjes de Olmutz; conozco á todos, pero á ese no le he visto nunca.

—Esa mujer está loca—se dijo Arnoldo, y prosiguió su camino.

Al fin divisó el monasterio, y quedó inmóvil de estupor. Era más vasto, muchas de sus dependencias para él desconocidas.

Llamó á la puerta, y un pobre lego le abrió.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Arnoldo.—¿No es ya Antonio el portero del monasterio?

—No conozco á ese Antonio—contestó el portero.

Arnoldo se llevó las manos á la cabeza.

—¿Me he vuelto loco?—dijo—¿Acaso no soy de este monasterio de donde salí esta mañana?

El joven le miró atentamente.

—Cinco años—dijo—hace que soy portero, y no os conozco.

Arnoldo llamó á varios monjes que pasaron, y ninguno respondió á los nombres que citaba.

—¿No hay aquí—dijo ya fuera de sí—alguno que conocía al Hermano Arnoldo?

—Arnoldo—dijo entonces un monje muy anciano,—oí decir á algunos monjes ya difuntos, que era un sabio que amaba la soledad. Bajó un día al valle, y no se supo más de él, y desde aquel tiempo ha transcurrido un siglo.

Al oír estas palabras, Arnoldo lanzó un grito, porque todo lo había comprendido. Cayó de rodillas, y juntando las manos con fervor, exclamó:

—¡Dios mío! habéis querido probarme cuán insesato era en comparar las alegrías de la tierra con las del cielo! ¡Un siglo ha pasado para mí como si fuese un día oyendo vuestra voz; ahora entiendo lo que es el Paraíso y sus eternas alegrías; sed bendito, Dios mío, y perdonad á vuestro siervo!

Y Arnoldo extendió sus brazos, besó la tierra y murió.



La Salamandra.

MAXIMAS

No hay más que un bien, que es la ciencia, ni más que un mal, que es la ignorancia. El que conoce el bien y obra mal, es un insensato; nunca cree el sabio que sabe lo que ignora: concebirá desde luego que no sabe nada, y procurará instruirse.—*Sócrates.*

Un sabio conoce á un ignorante, porque él lo ha sido antes; pero un ignorante no puede juzgar de un sabio, porque no lo ha sido nunca.—*Máximas orientales.*

Generalmente no juzgamos discretos más que á los que son de nuestra misma opinión.—*La Rochefoucauld.*

El que honra á sus padres, hallará en sus hijos su alegría.—*Eclesiastes.*

Más amo á mi familia que á mí mismo; amo

más á mi patria que á mi familia; pero todavía amo más al género humano que á mi patria.—*Fenelón.*

No hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo; no tienes necesidad más que de esta ley: ella es el fundamento y principio de todas las demás.—*Confucio.*

La limpieza es una semivirtud.

La limpieza es para el cuerpo, lo que la decencia para las costumbres.—*Bacon.*

Cada uno tiene su carga, cada uno tiene sus defectos: nadie se basta á sí mismo, ni es bastante para sí mismo; debemos, pues, sufrírnos, consolarnos, ayudarnos é instruirnos mutuamente.—*Imitación de J. C.*

SECCIÓN RECREATIVA

LA MALEDICENCIA

(Conclusión.)

V

La Condesa se levantó de un salto como si le hubiese pinchado una aguja clavada en la silla, y salió al encuentro de la nueva tertuliana, diciendo cariñosamente:

—¡Gracias á Dios que pareció la pérdida!... Si hubiera periódicos en esta población, te hubiésemos anunciado en la sección de pérdidas...

Y cogiendo ambas manos á la Duquesa, le dió un beso tan sonoro y tan traidor como el de Judas Iscariote.

—Pues ya me tienes aquí sin necesidad que pagues el hallazgo,—replicó la Duquesa.

Y en vez de sacarle los ojos, le devolvió su beso con igual cariño.

—¿Pero dónde has estado metida cinco días con cinco noches?...

La Duquesa entornó los párpados, ladeó la cabeza, y apoyando la barba en el extremo del abanico, dijo con misteriosa sonrisa:

—¡Hija mía... altos negocios de estado!...

—¡Ah picara carlista!—gritó la otra. ¡Tú conspiras de firme!...

—¡Calla y no me denuncies!... que el General va á prenderme,—replicó la Duquesa enviando á éste con el abanico un amistoso saludo.

Y cambiando acá y allá esas delicadas frases con que las veteranas del gran mundo, lo dicen todo, lo disimulan todo, ó hablan mucho sin decir nada se acercó la Duquesa á las mesas de tresillo, y ocupó en ella su sitio de siempre.

—¿Qué tal ha administrado V mis intereses durante mi ausencia, D. Lorenzo?—preguntó al sentarse á un caballero gordo y peludo que jugaba gravemente.

—Estamos en alza, Duquesa;—replicó D. Lorenzo presentándole los naipes. Si es cierto que V. conspira, ya podremos hacer á los carlistas un empréstito... al diez por ciento.

—¿Al diez por ciento?—¡Jesús!... Ni que fuera V. Samuel Leví, el tesorero del Rey D. Pedro. En tal caso les haríamos un donativo. ¿No es verdad, General?...

—Haré la vista gorda, Duquesa;—contestó el veterano. Lo sabré como caballero y lo ignoraré como Rey; que dijo el gran Carlos V.

—¡Cuidado, General, que le cojo á V. la palabra!—replicó la Duquesa ordenando sus naipes.

Y sin tomar más parte en la conversación, pareció atender exclusivamente al juego, con grande impaciencia del General, que menos astuto que la dama, no comprendía su táctica. Seguía ella el

prudente dicho de Bacon, *no alas, sino plomo*, y para dar mayor vigor á la defensa esperaba el ataque, que no tardó mucho en presentarse. Una señora seca y tiesa como una escoba, se había encargado de ello; dió un codazo á su vecina como quien dice—¡*allá voy!*—y aprovechando un momento de silencio para hacer más cruel la puñalada, dijo con voz melosa, echándose lánguidamente fresco con el abanico.

—Duquesa... ¿Tienes noticias de Pilarito?...

Media hora hacía que esperaba la Duquesa el golpe, y sin embargo una ficha de marfil se rompió entre sus dedos al recibirlo, y un relámpago de ira brilló un momento en sus ojos. ¡Tanto veneno traía entre sus sencillas palabras, aquella melosa pregunta!... Volvióse en el acto con los naipes en la mano, y miró cara á cara á la turba que cuchicheando irónicamente esperaba su respuesta.

—¿Cómo quieres que esté la pobre?—contestó al fin, con esa expresión triste y grave que infunde siempre un recuerdo doloroso... Sin separarse un momento de la cabecera de Dieguito... Anoche por primera vez en tres días, pude hacerla dormir dos horas...

Abriéronse todas las bocas y enarcáronse todas las cejas al oír aquella salida inesperada, y la dama que había hablado preguntó llena de estupor.

—¿Pero está pilar en tu casa?...

La Duquesa pareció reflexionar un momento y contestó al fin con su firmeza:

—¡Sí!... Hace cinco días que la tengo allí escondida con su marido.

Y dirigiéndose á la Condesa, que participaba del general asombro, añadió con triste sonrisa:

—Estos son los *altos secretos de Estado*, que te explicarán mi ausencia.

La curiosidad, esa terrible picazón del entendimiento, se apoderó de tal manera del auditorio, que hubiérase podido oír el aleteo de un mosquito. Nadie estaba dispuesto á creer á la Duquesa, porque iba á defender á un ausente y á combatir una calumnia; pero esperaban mucho de su habilidad y su talento, é inspiraba lo que iba á decir el interés que inspira en día de crisis el discurso del ministro encargado de hacer frente á las interpelaciones peligrosas que amenazan al gabinete. Harto conocía por su parte la Duquesa el terreno que pisaba: armóse, pues, de la astucia de la serpiente porque era hábil, y sin abandonar la sencillez de la paloma, porque era piadosa, refirió con esa ingenua sencillez que brilla siempre en la verdad como un reflejo del cielo, la siguiente historia, en que con maestría consumada iba midiendo las palabras y calculando los efectos.

Al frente de su batallón había rechazado Diego de Quiñones las tropas republicanas que ocupaban las alturas de Talayamendi. Diego se batía como un león, rugiendo con esos gritos sobrenaturales, superiores al aparato eufónico del hombre, que arranca el combate á la ira, al furor, á la venganza.

za, al espanto, al vértigo que causa la sangre que corre y la pólvora que humea... Incautamente se alejó de los suyos, internándose hacia el caserío de Azcoeta, en la parte del monte comprendida todavía en la zona republicana. De repente se encontró rodeado de enemigos, sólo con Chomin, su hermano de leche, el hijo de Pachica, que era también su asistente. Un barranco se abrió á sus espaldas, y hacia allí se replegaron ambos dejándose caer de improviso hasta el fondo, y ocultándose entre las espesas matas que lo cubrían. Desorientados los enemigos comenzaron á retirarse, y Diego se levantó entonces ileso; Chomin tenía rota la pierna izquierda. El Coronel no vaciló un instante cargóse á la espalda al asistente, y comenzó á correr ocultándose tras árboles y matas, en dirección del caserío de Azcoeta, que á un cuarto de hora escaso se ocultaba en el bosque. Una descarga sonó de repente al otro lado del barranco, y ambos rodaron por el suelo; muerto el asistente, sin sentido el coronel, con un balazo en el pecho.

Cuando Diego volvió en sí, encontróse en el caserío de Azcoeta, á donde algunos de los suyos le habían conducido. A su lado estaba Pachica, su nodriza, que sin derramar una lágrima le curaba la herida. Las primeras palabras de Diego fueron para saber de Chomin.—¡*Funac-jun... Diegochul!* (1) le contestó Pachica con entereza. Y jamás volvió á hablarle de su hijo.

La noticia de la herida de Diego llegó en efecto á Pilar de Trelles, por el conde prusiano, que se hallaba en Biarritz para asuntos de la guerra. El amor á su marido infundió entonces en aquella mujer, débil y casi niña, alientos para llevar á cabo una resolución heroica; porque el cauterio del dolor comunica á veces un temple de acero, á ciertas almas que parecían enervadas por la prosperidad y las delicias. Sin confiar á nadie su intento, por miedo á los espías, embarcóse aquella misma noche en Socoa, en un lanchón de pescadores; acompañábala tan sólo el hijo menor de Pachica que ella tenía á su servicio, y corriendo graves riesgos llegaron milagrosamente al caserío de Azcoeta. La herida de Diego no era grave; más su mujer lo encontró moribundo. Habíase obstinado en no dar aviso á nadie de su estado, temeroso de que alguna imprudencia revelase á los enemigos su asilo y sin más socorros que los escasos que Pachica podía prestarle, hallábase ya en grave peligro de muerte. Por orden de Pilar avisó Pachica aquella misma noche á la Duquesa, y ya hemos visto como la noble señora acudió á su llamamiento, llevándole la más estimada de sus joyas; el rosario de la *Duquesa Santa*, que ella misma colgó al cuello del herido, con esa piadosa fe, consuelo siempre del que sufre, y remedio tantas veces de su desgracia.

Sin perder un momento refirió la Duquesa á su marido, la desgracia que ocurría. El buen señor se quedó anonadado; comenzó á llorar como un chico, y á duras penas pudo disuadirle su esposa de tomar en el acto el camino de Azcoeta, para echarle una peluca al ingrato sobrino, que después de haber muerto para él al ponerse la boina, se obstinaba en morir de nuevo sin pedirle antes permiso. La Duquesa avisó al General Urbano, y por mediación suya obtuvo del brigadier, jefe de la columna, la traslación del herido á su propio palacio; hízose esto con el mayor sigilo, por no estar en las atribuciones del brigadier el dejar de considerar á Diego, una vez descubierto, como prisionero de guerra. Entonces escribió el Duque al General en jefe, y aquella misma mañana había recibido una cariñosa carta de éste, autorizando á Diego para disfrutar de la libertad más absoluta, con lo cual cesaba todo peligro, y se hacían inútiles todos los misterios.

En cuatro palabras refirió la Duquesa todos estos hechos, con esa concisa elocuencia que, sin haber leído á Tácito ni á Plutarco, tienen las mujeres en circunstancias apuradas. Con la maestría de un orador parlamentario, puso en primer término aquellos hechos más de bulto, que podían destruir mejor la calumnia levantada; y su voz, siempre insinuante, supo tomar tal tinte de ternura, al describir el valor de Diego, el heroísmo de Pilar y el infortunio de los nietos de Pachica, que algunos de los presentes se sintieron conmovidos. Ella lo estaba en efecto, y sus grandes ojos negros, llenos de lágrimas se paseaban por toda aquella concurrencia sin encono ni rencor, como si creyese encontrar en todos aquellos corazones, un eco fraternal de la emoción que el suyo sentía... Más quiso la mala estrella de Pimpollo que al terminar la Duquesa su relación, le divisaran sus ojos á dos pasos de ella, escuchando atentamente con incrédula sonrisa. La mujer se acordó de que era mujer, y no le fué posible resistir á la tentación de la venganza. La sombra de Fulvia, picando con un alfiler de oro la lengua del orador romano, debió pasar en aquel momento ante su vista.

—Aquí está la carta del General en jefe,—dijo sacando una del bolsillo. Es digna de leerse, porque se acredita en ella de cumplido caballero.

Y enjugándose las lágrimas, ó haciendo como que se las enjugaba, alargó con la mayor naturalidad la carta al Marquesito, diciendo:

—Hazme el favor de leérnosla, Pimpollo... Justamente trae para tí una postdata.

El Marquesito creyó reventar de satisfacción al saber que el General en jefe se ocupaba de su persona, y poniéndose en el ojo derecho el lente de un sólo vidrio, que en su última expedición había traído de Inglaterra, leyó solemnemente.

«Querido Duque: Jamás te perdonaré que no hayas tenido en mí la suficiente confianza, para escribirme desde luego la gloriosa desgracia de tu

(1) ¡Los idos, idos... Dieguito!—Dicho popular vascongado, que equivale á los muertos no vuelven.

sobrino, y en penitencia te pongo la carga, de escribirme cada dos días el estado en que se encuentre. Por telégrafo aviso al Brigadier Z**, que Diego es libre para ir á donde mejor le plazca, sin que nadie le moleste. El batirse con enemigos como tu sobrino, es una honra para el ejército, y puedes decirle de mi parte, que si D. Carlos le dá como merece, la cruz de San Fernando, yo le enviaré de regalo la misma placa que llevo en el pecho. Póme á los pies de Clara y de Pilar, y aprende á no desconfiar nunca de tu antiguo amigo X**.»

El Marquesito registró la carta por todos lados y no encontrando postdata alguna, preguntó sorprendido á la Duquesa:

—¿Pero no decía V. que ponía para mí una postdata?...

—¿Pues no la ves, hombre? —replicó la dama tomando la carta; y poniendo el dedo en el espacio en blanco que por debajo de la firma quedaba, acercó el papel á las narices de Pimpollo, y dijo á media voz con una frescura sin igual en los fastos de la crueldad femenina:

—« El botarate difamador de sus sobrinos, no merece que le castigue la espada de un caballero... Clara puede encargarse de cortarle la puntita de la lengua, con sus tijeras de bordar... »

VI

¿Consiguió la verídica relación de la Duquesa, destruir por completo la calumnia referida por el Marquesito?... Ni nosotros lo aseguramos, ni osará asegurarlo nadie que conozca cuán difícil es arrancar á la maledicencia la tajada de honra en que ha hincado ya el diente.

Es, sin embargo, cierto, que al terminar aquella noche la tertulia, una señora anciana se acercó á la Duquesa, y poniéndola en la mano dos monedas de oro, le suplicó casi con lágrimas en los ojos, que las hiciese llegar en su nombre á los nietos de Pachica.

Es igualmente auténtico, que cierta viuda alegre, y cierta solterona triste, sostenían entre los azules almohadones de la preciosa berlina que de la tertulia las conducía á casa, el siguiente diálogo:

—¿Pero has visto qué actriz tan consumada?...

—Cruces me estaba yo haciendo... Ni á Matilde Diez ni á la Ristori le cede la palma.

—Por supuesto, que lo de la herida de Diego, será filfa... filfa completa.

—No lo creo... La herida debe de ser cierta. Clara es lista y ata bien los cabos...

—¿Entonces?...

—Entonces, es menester estar ciega, para no ver de dónde ha salido la herida...

—¡Ah!... ¡Ya caigo!... ¡Algún desafío!...

—¡Pues claro está!... Si eso se cae de su peso... Que Diego fué en persecución de los fugitivos, que

los alcanzó en alguna parte, que hubo estocadas y... ¡tableau!...

—¡Eso es! ¡Sí, sí!... No puede ser otra cosa.

—Para mí como si lo viera... Y esa Clara, que es capaz de urdir un enredo en la punta de una aguja, se ha traído al matrimonio á su casa, y ha inventado toda esa historia...

—No faltarán inocentes que se la traguen.

—Lo que es yo, ya soy vieja... quiero decir que he visto mucho, y no comulgo con ruedas de molino.

—Pues mira que la fresca que le soltó á Pimpollo, fué de padre y muy señor mío.

—Quita allá, mujer; que me dió lástima el pobre muchacho... No sé cómo la Condesa permite en su casa semejantes groserías.

—*En fin*, querida, no va encontrando una de quién fiarse...

—Tienes razón, hija... Mañana mismo voy á escribir á Cauterets, para prevenir á mi hermana... Al fin tiene hijas jóvenes, y bueno es que sepan estos ejemplos para que vivan precavidas.

—También yo voy á escribir á las de la Tijera, que han vuelto ya á Madrid, y les contaré *ce* por *be* toda la aventura.

La berlina se detuvo, y la viudita puso final, diciendo:

—Pero mire V. por dónde ha salido la Pilarito, con su cara de Filotea...

A lo cual contestó la solterona elevando los ojos al cielo, con un púdico suspiro:

—¡*Ah mon Dieu de la France!*...

LUIS COLOMA, S. J.

CUENTO DE ÁNIMAS

¡Otro tronco al fuego! ¡Así!... Que sus rojizas llamaradas alegren nuestra vista, y sirvan para dar calor á nuestros cuerpos! Mirad, hijos míos, cómo el hogar, reanimándose, hace presa en su nuevo huésped. Mil lenguas de fuego giran y se retuercen en torno suyo sin prestar atención á sus lamentos. El leño cede, y al cabo del tiempo viene á quedar convertido en cenizas. Tal es la imagen de nuestra vida. ¡Lucha, sufrimientos... después, nada!...

Pero no hablemos ahora de esto. Acercáos más, hijos míos. Venid á mi lado y bendigamos todos á Dios, que tan bondadoso se muestra para con nosotros.

¿Qué dices, Julián? ¿Que Dios es bueno y nunca puede faltarnos? Es verdad. Gracias á su bondad, hoy por hoy no nos falta el sustento necesario, y contamos con este albergue conque defendernos de las inclemencias del tiempo. ¿Pero podemos afirmar que mañana sucederá otro tanto? ¿Podemos tampoco decir que todos nuestros her-

manos se hallan á estas horas como nosotros á cubierto del temporal que reina?

Observa con cuánta furia el agua azota en los cristales de la ventana. Asómate á ésta y verás las pesadas ramas de los árboles agitarse como débiles juguetes del viento. Presta aún más atención, y escucharás á lo lejos el rugido del huracán. El temporal arrecia por momentos, ¡y desgraciados aquellos á quienes haya sorprendido por esos caminos de Dios!... Ya ves, querido, si tenemos por qué dar gracias á su infinita bondad.

—¿Pero es posible que á estas horas y con este tiempo haya quien se atreva á viajar? Además, es noche de ánimas, y mamá me ha dicho lo peligroso que es viajar en noche semejante, por hallarse aquellas en libertad exigiendo á los caminantes el alivio de sus penas. ¿Es esto verdad, abuelito?

El anciano á quien iban dirigidas estas palabras, sonrióse del gesto de espanto retratado en los rostros de su juvenil auditorio, constituido en primer término por tres hermosos niños, y contestó:

—Mamá no te ha engañado, hijo mío. Las almas de los que fueron nuestros semejantes, no pueden esperar de sus hermanos otra cosa que oraciones para alivio de su purgatorio, y no es de extrañar que traten de recabar aquellas. Ahora, ¿de qué medio se sirven para ello? Materia es esta muy difícil de explicar. La tradición declara que uno de ellos es el citado por la mamá. Creámosle ya que con esto no se causa daño á nadie, y bendigamos á la tradición si tales resultados consigue con sus fantásticas narraciones. Sobre este punto cuéntanse millares de ejemplos, y en este momento recuerdo uno que no deja de encerrar provechosa enseñanza, cual es los perjuicios que siempre lleva en sí la desobediencia á nuestros mayores. ¿Queréis oírle?

—¡Sí, sí!—contestaron los niños á una, rodeando al anciano.

Este guardó silencio por espacio de algunos momentos, y después, con voz lenta y pausada, comenzó:

«Arturo de Bretaña era un joven apuesto y valeroso, para el cual la palabra temor se hallaba demás en el Diccionario. Hijo único de padres nobles, y poderosos dueños de extensos territorios, poseía la educación propia que correspondía á los señores de la antigua nobleza. Era voluntarioso hasta el exceso, pues adulado por sus servidores y mimado por sus padres, sus menores caprichos habían sido siempre satisfechos.

Su pasión favorita era la de las armas, y era tal su destreza en el manejo de las mismas, que rayaba casi en temeridad.

Aparte de esta fiereza y de lo indomable de su carácter, Arturo poseía excelentes cualidades, sobresaliendo entre todas ellas un corazón de oro, enemigo de toda injusticia, y paladín constante contra toda tropelía, lo cual hacía que todos los

habitantes de la comarca amasen y venerasen á su joven señor.

Su madre habíale reconvenido muchas veces por lo irreflexible de su carácter y el descreimiento que tenía de cuantas cuestiones se relacionaban con nuestra santa religión; pero Arturo, con cuatro caricias y sus generosas acciones, conseguía sin gran esfuerzo acallar las inquietudes de aquella. Esto no obstante, su falta de obediencia y descreimiento habían de tener su castigo, y así fué en efecto.

Era una noche de ánimas como la presente; las campanas del castillo y las del pueblo inmediato habían estado incitando con su lúgubre tañido á la oración; el viento silbaba horriblemente en el bosque; de cuando en cuando el relámpago rompía con sus siniestras luces la obscuridad; á esto seguía el fragor del trueno repercutiendo en las cumbres de la montaña. Era una noche pavorosa y horrible, capaz de inspirar por sí sola temor al más osado.

En el hogar del castillo hallábanse reunidos cuatro ó seis caballeros de la comarca, compañeros de armas de Arturo, y los ancianos padres de éste.

Como nosotros, aquella reunión felicitábase de hallarse al abrigo de la intemperie, y como nosotros también la conversación hubo de recaer en la libertad dada por Dios á las ánimas la noche de su conmemoración.

Varias extrañas historias habían sido referidas sobre el particular. Arturo ni siquiera había prestado á ellas atención, limitándose á mirar á sus compañeros con desdeñosa sonrisa.

—Todas esas historias—exclamó de pronto—son muy buenas para dormir á chicos rebeldes, pero ya han pasado de moda. ¿Quién cree ahora —añadió—que las ánimas puedan andar por ahí campando por sus respetos?

—¡Arturo!—exclamó su anciana madre.—El poder de Dios es absoluto.

—Lo creo, madre mía; pero respecto á las ánimas, dispensad que tenga mis sospechas.

—¡No blasfemes!

—Nada de eso. Lo digo tal cual lo siento; y para demostrarlo, apuesto ir y volver al pueblo inmediato, sin que por eso crea que pueda ocurrirme ningún incidente.

—Eso es una locura.

—No; es demostrar la verdad.

Y el joven, sordo á toda súplica, insistió en llevar á cabo su descabellado propósito. Ciñóse la espada al cinto, y desafiando la furia de la Naturaleza, salió resueltamente al campo.

El vendabal silbaba cada vez con más furia; los relámpagos se sucedían sin cesar, y el trueno dominaba en la campiña. Arturo, sin preocuparse de nada, avanzaba con paso firme.

Sin embargo, el terrible espectáculo que á sus ojos se presentaba; lo tenebroso de la noche; los

mil ruidos que llegaban á sus oídos, y sobre todo, el recuerdo de las extrañas apariciones referidas en las historias que acababa de oír, comenzaron por hacer presa en su corazón. Tuvo un momento de duda; sus piernas flaquearon, y trató de retroceder. Pero esto era imposible. Había comprometido su palabra, y no había ahora de sentar plaza de asustadizo ante sus compañeros.

Continuó, pues, avanzando, pero ya con menos tranquilidad. Sentía en sus oídos ruidos incomprensibles, así como carcajadas sardónicas, burlándose de su valor. Apretó el paso, pero aquel ruido le perseguía sin cesar. Es más, creyó escuchar á lo lejos nuevos rumores que se iban aproximando.

Por más que pensaba en huir, aquellos ruidos le perseguían. En esto un relámpago rasgó la atmósfera, y el joven Arturo quedó como petrificado. Una horrible visión habíase presentado á sus ojos. Sus formas eran colosales.

Instintivamente echó mano al cinto. La hoja de su espada brilló en la obscuridad, y comenzó á dar tajos y mandobles como si luchase con un fantasma invisible.



Este, sin embargo, debía saber defenderse, porque Arturo no cejaba en su empresa. Las fuerzas ya le rendían y el fantasma debía perseguirle con tesón. De pronto, un trueno espantoso resonó en la campiña, y Arturo, lanzando un terrible grito, cayó al suelo sin sentido. Una sombra blanca fuese aproximando á él. Detrás de aquella sombra veíanse brillar algunas luces sostenidas por manos desconocidas.

Largo tiempo debió pasar así para Arturo, y cuando volvió á darse cuenta de su situación, dirigió en torno suyo una mirada de asombro.

Hallábase metido en su propio lecho; sus padres y algunos servidores le rodeaban, prodigándole toda clase de cuidados.

—¿Dónde estoy?—preguntó.—¡Oh! ¡Dejadme, dejadme!—añadió delirando aún.

—Tranquilízate, hijo mío; te hallas entre nosotros. ¿Qué deseas?

—¡Oh! Por favor, decidme cómo he podido yo venir aquí?

—De una manera muy sencilla: anoche, cuando desoyendo nuestros consejos saliste para realizar tu descabellada empresa, tu padre dió orden para que te siguiesen desde el castillo, llegando á encontrarte sin sentido y con la espada desnuda al pie de un árbol.

—¡Perdón, perdón, madre mía! Sin duda ha sido una advertencia del cielo. Ahora recemos por las ánimas benditas. La enseñanza ha sido provechosa.»

JUEGOS DE IMAGINACIÓN.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO 35.

CCXLVI.—Problemas numéricos:

$$1.^\circ \quad \begin{array}{r} 25 + \\ \quad 5 \\ \hline 30 \end{array}$$

$$2.^\circ \quad 2^2 = 4$$

$$3.^\circ \quad 9^2 = 81 \quad 8 + 1 = 9$$

$$4.^\circ \quad \begin{array}{r} 3 \mid + 1 = 4 \\ 5 \mid + 1 = 6 = 2 \mid 3 \end{array}$$

CCXLVII.—Charada:

Gri-jo-ta.

CCXLVIII.—Intrínquilis:

Mar-ce-li-no.

CCXLIX.—Criptografía:

EL MUNDO DE LOS NIÑOS

CCL.—Triángulo:

DOLORES
OLORES
LORES
ORES
SES
ES
S

CCLI.—Acertijo:

Re-be-ka.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

		Págs.
TEXTO		
Acino (Eduardo), Reinado de Luis I.	283	
Aguilucho.	456	
Aicard (Juan), La madre.	334	
Al que madruga Dios le ayuda.	451	
Alcalde Valladares (Antonio), El viejo y el niño.	71	
Amigos de los niños (Los).	118	
Andrade (Olegario V.), El consejo maternal.	70	
Anécdota.	350	
Antipatías.	232	
Aprendiz de Santo (El).	890	
Arniegas (Ismael Enrique), Amor filial.	414	
Arco iris (El).	78	
Arnao (Antonio), El olivo del monte.	169	
¡Así va el mundo!.	44	
Balbín de Unquera (Antonio), A propósito de los exámenes.	236	
— Pensamientos.	472 y 488	
Ballesteros (Federico F.), Higiene de la infancia.	342	
Ballesteros (J. M.), Los locos de Zaragoza.	262	
Beorlegui y Oyaregui (Margarita), Descripción de la provincia de Navarra.	473	
Berrio y Rando (Anselmo), Herencia de honor.	364	
— El blasón del héroe.	524	
Blanco (Ramiro), ¡Un estuche! (comedia).	153	
Blázquez (Antonio), Ideas acerca del descubrimiento y conquista de América.	233	
Borrachín.	45	
Brissa (José), La venganza de Roberto.	151	
Bueno (Angel), Escrituras libres.	411	
— Religión de los antiguos españoles.	541	
Buffón, Un amigo del hombre.	185	
Byrne (B.), Los niños.	294	
Cables eléctricos submarinos (Los).	71	
Calcaño (J. A.), Las tumbas húmedas.	340	
Camino de la estación.	269	
Campoamor (Ramón de), La fe de las mujeres.	59	
— La muerte todo lo iguala.	87	
— El gato y el milano.	188	
Caplín Padilla (Cándida), La moneda.	298	
Castigo providencial.	70	
Carvajal y Camino (Adriana), Teoría de la numeración.	230	
Caza mayor.	265	
Ceballos Quintana (Enrique), Colón.	86	
— La existencia de Dios.	99	
— Esperanza.	139	
— Resignación.	170	
— El cristianismo.	189	
— Teatro contemporáneo.	199	
— A la Virgen María.	222	
— Bretón de los Herreros.	246	
— Ley de la vida.	471	
— Cuentos de color de rosa.	489	
— La cantinera.	507	
— La casa en el campo.	523	
— Cantares.	536	
Cenicienta (La).	365 y 374	
Colecciones de sellos.	376	
Coloma (Luis), ¡Porrita, componte!.	61	
— Periquillo sin miedo.	265	
— Mal alma.	313	
— ¡Paz á los muertos!.	347	
— El anillo de Pío IX.	422	
— El cazador de venados.	425	
— La maledicencia.	537 y 553	
Coll y Bofill (Juan), Higiene de la infancia.	430	
Consejos sanos.	345	
Cordavias (Luis), Sopa en vino.	195	
Cormorán y Pingüin.	328	
Cuento ruso.	359	
Cuentos viejos.	55	
Curiosidad matemática.	295	
Chapí y Selva (Miguel), Descripción de la provincia de Alicante.	375	
Dar posada al peregrino.	169	
Dedo cortado (El).	333	
Degetau y González (Federico), Jup y Tom.	510	
Diderot, El camino de la fortuna.	387	
«El huérfano infeliz, tras largo lloro».	425	
En el arroyo.	236	
En el palomar.	489	
«En la senda de la vida».	329	
Escudero y Perosso (F.), La mujer.	7	
Espigas (Las).	490	
Explicación de los cromos (todos los números).		
Fabiany (Antonio), El niño artista.	54	
Felicitaciones (Las).	403	
Fernández Grilo (Antonio), El crucifijo de mi madre.	301	
— El ángel de la Guarda.	509	
Fernández Núñez (Rodrigo), Descripción de la provincia de León.	515	
Fernández y González (Pío), La abeja y la mariposa.	430	
Ferrer y Lozano (Justiniano), Lo que piensan las aves.	22 y 35	
— El yeso y la caliza.	57 y 73	
— Narraciones de un glóbulo rojo.	90, 355, 507 y 521	
— Rectificación necesaria.	127	
— Historia de un grano de arena.	137	
— El Kaolin de los chinos.	163	
Filosofías.	60	
Flórez y Sáiz (Ramón), Reinado de los Reyes Católicos.	467	
Fraille y el soldado (El).	424	
García Gutiérrez (Antonio), Oración al Angel de la Guarda.	446	
García del Canto (Antonio), Soneto.	515	
García y Osuna (Manuel, José), El triunfo de la virtud.	278	
— Barcelona.	323	
Gimnasia higiénica.	413	
Gironi (Gabriel), El engrudo.	7	
— La ortiga.	44	
— Soldaduras.	59	
— Cajas de herramientas.	67, 87, 105, 147, 470 y 483	
— Las ostras.	139	
— Preocupaciones contra los reptiles.	202	
— El clavo.	207	
— Clavar un clavo.	221	
— Los eucaliptos madrileños.	222	
— Las armas de fuego.	235	
— La buena educación.	270	
— La langosta.	279	
— Las trufas.	339	
— Los cazadores de nidos.	348	
— Contra el torpe deseo de atesorar riquezas.	382	
— Las industrias agrícolas.	393, 409, 477, 492, 499 y 550	
Gente menuda.	540	
Gomis (Celso), El tiempo.	30	
— El campesino y los pájaros.	105	
González (Ernesto), Canto de Navidad.	551	

	Págs.		Págs.
González Ansótegui (Lino), ¡Pobre niño!	78	Mayorga (Ventura), Cogida en sus propia redes	186
— Contraste	187	— Guerra fratricida	202
— Burlas costosas	218	— Las flores de Mayo	203
— Soneto	220	— Dar de comer al hambriento	217
Groizard (Pedro), Grandezas efímeras	397	— La escapatoria	254
— Arrepentimiento	419	— ¿Quién es el loco?	349
Guerola (A), Lo que vale un pedazo de pan	142	Mejía (Epifanio), La paloma del Arca	491
Gutiérrez (Carlos), A mi hija Julia	131	Menéndez (Rodolfo), Juegos de la infancia	445
Gutiérrez de Alba (José María), Los diez mandamientos	461	Miel del eucalipto (La)	46
— Pensamientos	520	Mingarro (Leonardo), El cloruro de sodio	106
— La mariposa	526	Modas de niñas	76
Hartzenbusch (Juan Eugenio), El envidioso	327	Montoto (Luis), ***	215
Hernández (Salvador Guillermo), ¡Huérfanos!	92	Morales de Ceballos (Eloisa), A mi María	238
Hernández Miyares (E), Ni un árbol ni una cruz	237	— A la virgen de la Soledad	463
Higiene	539	Morsa	344
Higiene de los niños	246	Mosaico, todos los números	206
Higiene en las escuelas (La)	8	Mujeres francesas de 1870-71 (Las)	55
Historia triste	503	Navarro Reza (J.), El niño poeta	462
Hombre y el día (El)	360	Niños y las bellas artes (Las)	239
Huidobro y Hernández (Manuel), La caridad	359	No es oro todo lo que reluce	30
Huandimiento (Un)	270	O, y B., El nido	57
Jerique (Pose), ¡Cuadros tristes!	435	— La cometa	103
Jiménez Campana (Francisco), La campana de las escuelas Pías	382	— Fabulilla	188
Jiménez de Quirós (Enrique), ¡Huérfana!	439	— Cuento viejo	217
Juegos de imaginación (todos los números)	131	— Pastores y guerreros	297
Larrubiera (Alejandro), Rafael	198	— La estatua del teniente Ruiz	152
— Los cuentos de la abuela	219	Observancias	157
— La hormiga ambiciosa	422	Oceanía (La)	168
— Frutos de la holganza	429	Origen de la hora (El)	342
— Fírfur	455	Ortiz (P. Samuel), Consejos de oro para los niños	361
— Mariposas	486	Orgullo insano	220 y 152
— Enrique	493	Ossorio y Bernard (Manuel), Conversación familiar, (todos los números)	2
— Mil por uno	122	Correspondencia particular	121
Lasso de la Vega (Angel), Arión	135	Precocidad infantil	184
— La noche del Viernes Santo	182	Los niños abandonados	343
— El angel del perdón	259	El niño en el bosque	41
— La mano de mi madre	423	Ossorio y Gallardo (Angel), La distracción. 11, 27 y	19
— El consuelo	487	— Lección de piano	19
— La torre y el campanario	503	— El invierno en los campos	51
— La moda	511	— El gato fugitivo	83
— La paloma	519	— Los gurriatos	92
— El sol y el polvo	519	— La toña	140
— La hormiga	46	— Don Claudio Ciruela	377
Ledesma, A las lágrimas del niño Jesús	407	— Orgullo y Abnegación	341 y 457
Segorve (E), Falta de exactitud	40	— La isla de la perfección	167
Ley del más fuerte (La)	108	Pajarón (Agustín), El caballo y la hormiga	478
Libro notable (Un)	171	Palacio (Manuel del), Las clases menesterosas	189
López Núñez (Alvaro), Papalaguinda	519	Pastor y el rebaño (El)	235
Llorente Vázquez (Manuel), Ave María	75	Penas	408
Llorente (Teodoro), La ventana de la casa paterna	249	Pensamientos	24, 72, 88, 104, 392 y 408
Mal sueño (Un)	291	Pérez Echevarría (Francisco), Junto a la cuna vacía	502
Mano derecha y la izquierda (La)	361	Pérez Nieva (Alfonso), Toma puntapiés	269
Martín y Ortiz de la Tabla (Soledad), Descripción de la provincia de Santander	394	— El último esfuerzo	414
Martínez (Juan), Descripción de la provincia de la Coruña	93	— En la playa	75
Martínez Fernández (José), Física recreativa	300	Pérez Ruiz (Félix) Del uso de las flores	234
— El picapedrero de Pekín	505	Perros (Los)	250
— Burgos	523	Perros célebres (Los)	201
— Animales curiosos	247	Pesadilla (La)	173
Masip (Juan), Las líneas geométricas	301	— Como es Margot	182
— Ventajas de la agricultura	317	Peza (Juan de Dios), Magdalena	494
— Gusano y mariposa	345	— Pobreza y trabajo	44
— José Buonaparte	406	Poleró (Vicente), Varios métodos de copiar dibujos	102
— Anécdota comentada	317	Polo y Peyrolón (Manuel), Las bodas de oro de un maestro cristiano	150
Mauricio	264, 280, 296 y 312	— La Fuentesilla ambiciosa	427
Máximas	137, 200 y 216	— Como verdura de las eras	552
Máximas y pensamientos	22	Preceptos de sabiduría antigua	284
Mayorga (Ventura), Los novillos	60	Princesa encantada (La)	205
— Las malas compañías	94	Religión (La)	56
— El defecto de Julio	115	Rengifero	531
— Andresillo el periodista	115	Rendición de Granada (La)	39
		Romero González (Fernando), La educación	39

	Págs.		Páginas.
Rostoptchine (Lidia), La protegida de las hadas.....	275	A cara ó cruz.....	312 y 213
Rubio y Pérez Caballero (Jerónimo), Reinado de don Fernando I de Aragón.....	307	Papagayos enanos.....	216
Ruiz Aguilera (Ventura), La noche de Navidad.....	547	Retrato de D. Félix Lecea.....	225
Salvador de Salvador (José), A una niña de ocho años..	7	Una lección de caza.....	228 y 229
Sbarbi (José María), Juego del alfabeto.....	141	Arfango de las nieves.....	232
— La gula.....	179	Retrato de Doña María Rodríguez Arias.....	241
Segur (Marqués de), ¡Por chiripa!.....	215	Un mal encuentro.....	244 y 245
Selgas (José), La madre.....	391	Mariposa llamada cabeza de muerto.....	248
Sepúlveda (Pedro), Montañeses.....	183	Lección de baile.....	257
Sepúlveda (Ricardo), La Caridad.....	204	En la playa.....	260 y 261
— El pajarillo muerto.....	221	Cachalote macrocefalo.....	264
Servicio obligatorio.....	313	Vuelta de la pesca.....	272
¡Siempre abierta!.....	248	Vida campestre.....	276 y 277
Tercer concurso de EL MUNDO DE LOS NIÑOS.....	210	Egóccero ó antilope negro.....	280
Todo y Herrero (Mariano del), El gato y el pito.....	35	Retrato de D. José Manuel García de Osuna.....	289
— El sapo.....	89	Distracción tranquilla.....	292 y 293
— ¡Buena receta!.....	119	Jabalí con orejas de pincel.....	296
— Mala disculpa.....	253	Retrato de Doña Elisa Caplin.....	305
— Fábulas breves.....	504	La niña hacendosa.....	308 y 309
Valencia (Carolina), Las dos naves.....	174	El Ai.....	312
Valor del tiempo (El).....	107	Diversión económica.....	321
Vallespinosa (Adolfo), El niño delincuente.....	3	¡Castigada!.....	324 y 325
Viela (E.), Tres tristezas.....	311	Cornorán y Pingüin.....	328
Visitas (Las).....	234	¡Al agua, perros!.....	337
Zabala (A. Jaime de), El café.....	438	Los amigos leales.....	340 y 341
Zahonero (José), El Doctor Hormigillo.....	9 y 25	Mossa.....	344
— El saurio camaleón.....	281	Los primeros pasos.....	353
— Huevos de oro.....	294	En la quinta.—Un paseo por la ría.....	356 y 357
		Avispa, abejón y libélula.....	360
		Carrera de obstáculos.....	369
		He sabido dos lecciones.....	372 y 373
		Elefante de la India.....	376
		Pelotarismo.....	385
		Justicia militar.....	388 y 389
		Buey arni.....	392
		Los huérfanos.....	401
		El barquillero.....	404 y 405
		Gato tigre.....	408
		Ilusiones.....	417
		Las ferias.....	420 y 421
		Cabra de cachemira.....	424
		Hablar en razón.....	433
		La hora del almuerzo.....	436 y 437
		Gamo.....	440
		Amor maternal.....	449
		Camellos de carga.....	452 y 453
		Aguilucho.....	456
		¡Suene V. fuerte!.....	465
		Día de difuntos.....	468 y 469
		Liebre común.....	472
		Caballos de carrera.....	481
		Como perros y gatos.....	484 y 485
		Cocodrilo.....	488
		Capricho artístico.....	497
		Cazar con trampa.....	500 y 501
		Tetradonte.....	504
		¡Ori!.....	513
		Gimnástica de niñas.....	516 y 517
		El hipopótamo.....	520
		Ensayo de villancicos.....	529
		Los cisnes.....	532 y 533
		El boa.....	536
		Retrato de Doña Josefina Ruiz y Porcinaí.....	545
		Misa del gallo.....	548 y 549
		Aguila de cabeza blanca.....	552
		Retratos de Doña María Bulnes Mocejón y D. Angel Sevilla.....	561
		Los aginaldos.....	564 y 565
		La Salamandra.....	568

CROMOS

¡Voló!.....	1
Visita á la abuela.....	4 y 5
Gamo.....	8
Lección de piano.....	17
El invierno en los campos.....	20 y 21
Ave del Paraíso.....	24
Camino del Colegio.....	33
Temporal de nteve.....	36 y 37
La ley del más fuerte.....	40
¡Arre, caballito!.....	49
El gato fugitivo.....	52 y 53
Rengífero.....	56
El carnaval económico.....	65
Baile de Piñata.....	68 y 69
Grulla de las Baleares.....	72
Caza de mariposas.....	81
Una historia cruel.....	84 y 85
Balderraya.....	88
Retrato de D. Francisco Alberola.....	97
Domingo de Ramos.....	100 y 101
Lavandera y zarzal.....	104
Retrato de D. Manuel Hnidobro.....	113
Regreso de las golondrinas.....	116 y 117
El camello.....	120
Retrato de D. Rodrigo Fernández.....	129
Ronda de gnómos.....	132 y 133
Migala.....	136
Retrato de Doña Leonor Meléndez.....	145
¡Una estereta velleta pera San Jusep!.....	148 y 149
Pico-grueso y canario.....	152
Retrato de Doña Cándida Caplin.....	161
Cazadores furtivos.....	164 y 165
Tortuga de mar.....	168
El auxilio del gato.....	177
En el Circo.....	180 y 181
El zorro azul.....	184
Retrato de D. Baltasar de Granda.....	193
A tapar la calle, que no pase nadie.....	196 y 197
Oso gris.....	200
Chimpancé doméstico.....	209

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

